

FRANZ GRILLPARZER Y LO AUSTRIACO

Por RODOLFO E. MODERN

Casi siempre la caracterización del ser nacional significa, como ocurre con cualquier tipo de encasillamiento, un cúmulo de generalizaciones, excepciones o equívocos. En algunas circunstancias, sin embargo, la tarea se facilita. Hay épocas, como individuos, que poseen una capacidad decantadora o sintética y reproducen mejor aquellas características que tradicionalmente se tienen por tales. Aunque se yerga, a contrario sensu, por ejemplo, el inglés del período isabelino como antípoda, casi, del actual. En este sentido, y aun admitiendo las dificultades inherentes a clasificaciones semejantes, pocos escritores de los últimos siglos hay más auténticamente austríacos que el vienés Franz Grillparzer (1791-1872).

Esto quiere decir varias cosas, y no siempre aquellas que se valoran como típicas. Pues este enaltecedor de la entidad habsburgiana que amaba y odiaba, por exceso de amor, la ciudad en que había nacido, no sobresalió por la posesión de aquel espíritu de opereta o de vals elegante y embriagador que hizo famosa a Viena en el paréntesis de la belle époque. La cortesía u obsequiosidad a veces zalamera, la aparente superficialidad, el coqueto hastío de vivir y un sentimiento amoroso limitado por la conveniencia o la fugacidad de lo que existe, como la incapacidad del arrebato no pertenecen al modo austríaco de Grillparzer. Y, no obstante, muy escasos son los autores que encarnan mejor otras cualidades del imperio danubiano que este forjador de héroes vencidos.

Tales circunstancias se conocían ya, aunque parcialmente, cuando todavía no se habían acallado las impresionantes ceremonias con que el Imperio honrara la desaparición física del ya octogenario autor, a quien sus conciudadanos y autoridades habían censurado en vida por apartarse de las ideologías o tradiciones habitualmente aceptadas. Así, Ferdinand Kürnberger, un autor contemporáneo, en un ensayo escrito dos días después de la muerte de aquél, estampaba: "Mientras funden la máscara fúnebre de Grillparzer, quiero decir una palabra acerca de su máscara viva. Esta es: enviada como una tormenta flamígera para purificar el aire de Austria, discurre sobre Austria como una mojada nubecilla gris, rodeada en los bordes con algo de crepúsculo purpúreo. Y la nubecilla se desvanece...! Sus fuertes pasiones, sus grandes capacidades le gritan: envía plagas sobre Egipto, preséntate al Faraón, habla por tu pueblo, llévalo a la Tierra Prometida...! Pero en un rincón de su corazón comienza el austríaco a gemir y lamentarse: ¡Señor, envía a otro! Tengo miedo... Mejor permíteme ser consejero en la corte del Faraón! Para la si-cología de Austria la biografía de Grillparzer es indispensable".

Otro Grillparzer, entonces. Y otro austríaco también. Pues los austríacos son algo más que una suave melancolía indefinible y dulzona, las operetas de Johann Strauss o Franz Lehar, los festivales de Salzburgo o la Sachertorte. Austríacos fueron, en el campo de las letras, y en época muy próxima a la nuestra, Schnitzler y Hofmannsthal, pero también Trakl, Hermann Broch, la incorruptible actitud satírica de Karl Kraus, el inmenso y barroco Heimito von Doderer, como, en la más inminente actualidad, el nada fácil y renovador Peter Handke. Pero Grillparzer es austríaco típico no sólo en su ruptura íntima, en su lucha permanente, amarga y despiadada entre sentimiento y razón, arte y naturaleza, vida y espíritu, sino un sintetizador genial en un país conformado por pueblos de muy diverso origen, milagro de síntesis, asimismo, de conciliación y avenimiento recíproco, mezcla de

sabiduría y resignado escepticismo ante las reacciones del hombre y de la historia.

Porque Grillparzer, dramaturgo nato, era heredero de una tradición rica y diferente, que destiló con expresión original, vigorosa y adaptada a la problemática de una época para la cual los ideales clásicos y románticos resultaban insuficientes, cuando no falsos. Ya que a través de los yambos o troqueos del texto grillparziano la cualidad heroica de sus protagonistas se adelgaza hasta la pasividad frente a las contradicciones, fatalmente insolubles, que surgen desde sus propias almas y repercuten sobre sus actos. ¿De qué vale una actitud ética insobornable, la coherencia con los propios sentimientos o impulsos, si las normas que rigen sociedad e instituciones están ajustadas a pautas distintas, y poseen, además un poder aplastante sobre el rumbo de nuestras propias decisiones? Este es un problema principal que Grillparzer dejó planteado y cuya única respuesta se trazó con signo trágico.

El hecho del choque por la aparición de fuerzas contrarias y los esfuerzos para amortiguar sus efectos, a fin de poder continuar subsistiendo meramente, era una antigua experiencia del Imperio. En el seno de su extenso territorio, si bien la literatura no pudo ofrecer a través de largos siglos los ejemplos eminentes producidos por sus hermanos, los alemanes del norte —y justamente es a partir de Grillparzer, y sólo de él que puede volver a mencionarse una gran literatura oriunda de Austria— muchas culturas habían venido acuñando la fisonomía del homo austriacus. En primer término, el barroco, lo que implicaba esplendor visual y auditiva, arquitectura pomposa y elegante, complacencia en lo formal y en la espectacularidad suntuosa o abigarrada. En segundo término, y estrechamente emparentado con el rasgo precedente, la adhesión a los ideales universales de la Contrarreforma. Luego, la conciencia habsburguesa de pertenecer a un imperio, donde, como en el caso extremo de Carlos V, no se ponía el sol, y que hizo posible, entre otras cosas, la

comprensión de formas de vida española, ya se tratara del ceremonial de la corte, de escuelas de equitación, o del aprecio por los dramaturgos del siglo de oro. Los "Diarios" de Grillparzer contienen, nada casualmente por cierto, minuciosos estudios acerca de Calderón y Lope de Vega. Y sobre todo el autor de "Fuenteovejuna" se constituyó para Grillparzer en un modelo sublime, capaz de transformar el arte en naturaleza y la poesía en vida fluyente, cálida y espontánea. Que Grillparzer, además, tomara de una obra de Lope el material para su propia "Judía de Toledo" es, en este caso, lógica consecuencia de su veneración y fino entendimiento hacia una mentalidad también florecida a la sombra de la dinastía común.

Claro está que asimismo funciona, para la comprensión de la obra, la singularidad de un carácter determinado. El autor de "Libussa" provenía de una familia nada feliz. El padre, un abogado de nota, duro, hosco y seco en el trato con los hijos, murió relativamente pronto dejando a los suyos en una posición económica difícil que obligó al joven Franz a interrumpir sus estudios de abogacía. La madre, una hipocondríaca de nervios muy delicados, se suicidó, y a este destino tampoco fueron ajenos otros allegados a Grillparzer. Tras muchos años transcurridos en un rutinario empleo administrativo admirado y aplaudido en sus comienzos como legítimo sucesor de Schiller, censurado por el gobierno o rechazado más tarde por el público, Grillparzer se negó, tras el fracaso en 1838 de su comedia (excelente, por lo demás) "Weh dem, der lügt" (Ay del que miente!), a estrenar en lo sucesivo. Amargado también por el estancamiento en su carrera de funcionario, se jubiló en 1856. Pero la exaltación de los sentimientos, con períodos depresivos subsiguientes que lo hundían en la apatía, el escepticismo amargo confundiéndose con oleadas de melancolía, sazonaron una obra dramática de excelente armonía formal-temática. Sus inquietudes de artista hallaron asimismo eco en una lírica muy con-

centrada, directa y desgarradoramente íntima, en los "Diarios", profundamente introspectivos o minuciosamente analíticos en la captación de los fenómenos del arte y de la vida, y en dos cuentos largos antológicos. "El monasterio de Sendomir", y, sobre todo "El pobre músico".

Grillparzer leyó y asimiló a los griegos y a Shakespeare, a los clásicos españoles y a los olímpicos de Weimar (y el encuentro con Goethe en 1826 marcó, en cierto modo, su futuro). Pero a esta herencia libresca agregó su gusto por la herencia autóctona y popular del teatro vienés, lleno de fantasía y espíritu de lo maravilloso, de chispa, música e imaginación satírica o burlona, y que alcanza su máxima dimensión en los contemporáneos Johannes Nestroy (1802-1862) y Ferdinand Raimund (1790-1836).

Toda creación es, en mayor o menor medida, autobiográfica. Tratándose de un tan hondo indagador de los móviles de la conducta humana, pueden hallarse porciones de Grillparzer en casi todos sus héroes, en Safo como en Hero, en Medea como en Bacbanus Rustan, Rodolfo II o Alfonso VI, para citar algunos ejemplos. Pero quizás fue en su narración "Der arme Spielmann" (El pobre músico), una "novelle" publicada en 1848, donde el lastimero violinista y antihéroe accede a una identificación ideal con el autor de "El sueño, una vida". En este cuento largo está todo lo que Grillparzer amó y padeció, sus conquistas y sus defecciones. El amor por el pueblo y los espectáculos masivos, el gozoso discurrir por una festividad típicamente vienesa, un padre adusto e incapaz de toda comprensión, la imposibilidad de contraer matrimonio (que Grillparzer confirmara en la larga y difícil relación con Käthe Fröhlich), la entrega total a un arte que el violinista arruina con sus insuficientes recursos creadores y técnicos, y, sobre todo, la forja de un alma bella, ofreciéndose y sacrificándose por entero a una sociedad donde no encaja, todo ello es clave gigantesca, aun en sus deformacio-

nes, para la apreciación de la difícil dualidad que el arte y la existencia de Grillparzer representan.

Desgarramiento final, hecho de grandes y pequeños aciertos o equivocaciones, de una voluntad quebrada por la falta de adecuación de medios afines, afán de querer alcanzar la cumbre y darse cuenta de los límites de la existencia, son, por cierto, rasgos demasiado humanos y repetidos. Pero, de alguna manera, pertenecen a la fisonomía de una Austria feliz, cambiante y seductora, sabia por vieja, pero nunca del todo agotada, y, al mismo tiempo, a la del mayor de sus dramaturgos y una de sus glorias indiscutibles, como Haydn, Mozart o Schubert, todos instrumentos de un modo de ser sin el cual al espíritu europeo le faltaría algunas de sus más deleitosas o conmovedoras facetas.